

CAPÍTULO 1

BEVERLY HILLS

Naturaleza humana: lo que vemos, lo que suponemos y lo que hacemos.

Jimmy Tapia

Salir de ahí

Jimmy tenía catorce años cuando terminó la secundaria. Para entonces ya sabía bastante bien qué clase de ambiente no quería seguir teniendo alrededor.

Había crecido en una colonia donde los problemas no eran algo excepcional. Estaban ahí. Había escuchado disparos desde su casa. Había visto vehículos incendiados. Una vez hirieron con un arma blanca a una persona justo en la puerta de su casa. Jimmy salió. La persona estaba perdiendo mucha sangre. Tuvieron que llamar a una ambulancia.

A los once años lo asaltaron por primera vez. Fue a una cuadra de su casa. El hombre tendría unos veintidós años. Llevaba un palo con clavos en la punta. Venía de la colonia de al lado. La misma donde vivía un amigo suyo.

Tiempo después, cuando Jimmy fue a visitarlo, ese amigo le explicó las reglas antes de entrar.



—Guarda la cadena. También el reloj. Cualquier cosa de valor que pudiera verse.

Después vino una regla menos evidente. Había que saber con quién defenderse y con quién no. Si alguien claramente más peligroso te buscaba problemas, demostrar valor podía terminar muy mal. Pero si alguien más pequeño descubría que podía intimidarte sin consecuencias, después podían venir otros.

Era una forma extraña de medir el mundo. Pero en determinados lugares funcionaba así. La gente observaba. Probaba. Sacaba conclusiones. Y actuaba en consecuencia.

Jimmy también había tenido que aprenderlo. En su colonia se había peleado muchas veces. No porque disfrutara vivir de esa manera. Precisamente por eso empezó a cansarse.

En casa tampoco podía andar completamente distraído. Después del divorcio de sus padres se fue a vivir con sus abuelos. Era una casa con mucho movimiento. Familia entrando. Familia saliendo. Tíos. Primos. Visitas.

Dos de sus tíos lo molestaban constantemente. Uno de ellos lo golpeaba prácticamente todos los días. Un manotazo. Un golpe en la cabeza. Un empujón. A veces sin que hubiera ocurrido nada antes.

Jimmy aprendió a escuchar quién acababa de llegar. A saber quién estaba cerca. A reconocer cómo venía una persona antes de acercarse. El tono de voz. El estado de ánimo. Si convenía pasar. Si era mejor mantenerse lejos.

En aquel momento no estaba intentando entender a las personas. Estaba intentando evitar el siguiente golpe.

La secundaria tampoco había sido un ambiente especialmente amable. Había muchos jóvenes problemáticos. Rufianes. Gente metida en dinámicas que Jimmy ya conocía demasiado bien. Salió bien librado.

Y cuando llegó el momento de escoger preparatoria tomó una decisión que para él era más importante que el nivel académico o la distancia. Quería una escuela a la que no fuera nadie de su secundaria. Nadie de su colonia. Nadie que conociera.

No quería cambiar de edificio y encontrarse otra vez con la misma gente, las mismas historias y los mismos códigos. Quería salir de ahí. De verdad. Así que escogió una preparatoria lejos.

Antes de Beverly Hills

Antes de entrar ya tenía novia. Pero ella tampoco pertenecía al círculo del que Jimmy quería alejarse. La había conocido en una iglesia.

Jimmy había empezado a ir por una razón bastante sencilla para un joven de catorce años: había jovencitas muy bonitas.



Y hubo dos que empezaron a mostrar interés. Una le mandaba señales constantemente. Muchas. A Jimmy le parecía atractiva. Pero había algo que no terminaba de convencerlo. Tenía la impresión de que ella seguía enamorada de otro joven de su pasado. Podía estar equivocado. Pero eso era lo que percibía.

La otra era rubia. También le parecía bonita. Era divertida. Y había algo que para Jimmy pesó. Sentía que ambos llegaban desde un lugar parecido. Sin una historia sentimental anterior que pareciera seguir ocupando espacio. Así que eligió a la rubia.

Por eso llegó a la preparatoria con novia. Ella tampoco pertenecía al mundo de Jimmy. Sólo habían coincidido en aquella iglesia. Su padre no vivía con ella.

Y cuando Jimmy recuerda hoy que ambos tenían apenas catorce años, también recuerda la libertad con la que podían llevar una relación a esa edad. Su impresión, vista desde adulto, es que los mayores alrededor tenían suficientes asuntos propios como para que dos adolescentes pudieran hacer bastante su vida sin demasiada supervisión.

En aquel momento eso no parecía extraño. Era simplemente la vida.

Beverly Hills

Jimmy entró aproximadamente dos semanas después de que habían empezado las clases. Dos semanas parecen poco. Dentro de una escuela pueden ser suficientes para que ya exista un pequeño mundo.

Los grupos empiezan a formarse. Ya saben quién hace reír. Quién es popular. Quién tiene dinero. Quién molesta. Quién se deja molestar. Quién le gusta a quién. Quién parece estar arriba. Quién parece estar abajo.

Jimmy llegó cuando todo eso ya había empezado. Era el nuevo. Y desde el primer día tuvo la sensación de haber entrado a otro lugar por completo.



Para él aquello parecía Beverly Hills. Había estudiantes de su edad llegando en BMW. Otros en camionetas grandes. Familias con muchísimo dinero. Algunos estudiantes incluso tenían seguridad.

Jimmy llegaba en autobús.



Pero los automóviles eran solamente la parte visible. Después venían las conversaciones.

Había jóvenes que hablaban inglés con naturalidad. Habían viajado por distintos países. Conocían ciudades. Aeropuertos. Hoteles. Restaurantes. Y hablaban de todo aquello sin darle demasiada importancia.

Eso era lo que más impresionaba a Jimmy. No que hubieran viajado. La naturalidad. Para ellos, hablar de otro país podía ser tan cotidiano como para Jimmy hablar de ir a otra colonia.



A veces pensaba algo parecido a: “Estos ya recorrieron medio mundo y yo siento que lo más lejos que he llegado es hasta esta escuela.”

No era cierto. Pero así se sentía. Había buscado un mundo diferente. Lo había encontrado. Ahora tenía que aprender a moverse dentro de él.

Y al principio cometió un error bastante común cuando uno entra en un ambiente que desconoce. Confundi6 familiaridad con superioridad.

Si alguien hablaba inglés, parecía más preparado. Si había viajado, parecía conocer más. Si tenía dinero, parecía estar más adelante. Si se movía con soltura dentro de aquel ambiente, parecía más seguro.

Jimmy no pensaba: “Ellos conocen esto porque han vivido aquí.” Sentía: “Ellos están arriba. Yo estoy abajo.”

El miedo tampoco se parecía al que conocía. No era miedo a un golpe. Era entrar en una conversación y no saber de qué estaban hablando. Que mencionaran un lugar que todos conocían menos él. Decir algo fuera de sitio. Quedarse callado cuando todos parecían entender.

Había conseguido exactamente lo que quería: nadie de su colonia. Nadie de su secundaria. Nadie de antes. Y ahora estaba completamente solo dentro de un mundo que no conocía.

Su novia seguía fuera de todo aquello. Pero la escuela empezó a modificar otra cosa. El punto de comparación.

En la iglesia, la rubia le parecía una jovencita muy bonita. En aquella preparatoria había muchas jovencitas que Jimmy consideraba extraordinariamente atractivas. Y empezó a perder interés en su novia. Ella no había cambiado. La comparación sí.

Jimmy tampoco sabía terminar bien una relación. En lugar de sentarse con ella y decirle que ya no quería continuar, empezó a alejarse. Menos atención. Menos cuidado. Menos interés. Hasta que ella terminó con él.

En ese momento Jimmy encontraba cierta comodidad en hacerlo de esa manera. La otra persona tomaba la decisión. Él no tenía que ejecutar el rechazo. Años después lo vería de otra forma. En ese momento simplemente sabía que podía evitar una conversación que no quería tener.

Aquella novia no había sido su primer amor. El primero todavía estaba por aparecer. Y apareció de una manera que Jimmy no estaba buscando.

El Principito

En el salón había un joven al que todos llamaban el Principito. Jimmy no sabía cómo había empezado el apodo. Tampoco había visto cómo se había formado su posición dentro del grupo. Cuando llegó, todo eso ya existía.

El Principito era pequeño. Muy delgado. Venía de un pueblo. No tenía dinero. Sus modales eran bastante más toscos que los de muchos estudiantes de aquella escuela.

Y estaba profundamente enamorado. De probablemente la jovencita más bonita de toda la preparatoria.

Eso, para Jimmy, ya era mucho decir. Porque ahí estaban algunas de las jovencitas más bonitas que había visto en toda la ciudad. Y no era una ciudad pequeña.

Ella destacaba incluso dentro de ese grupo. Tenía el cabello largo y lacio. Estaba en otro salón. Pero todos sabían quién era. Y también sabían que el Principito estaba enamorado de ella.

Eso bastó para convertirlo en entretenimiento.

Cuando la jovencita aparecía, alguno decía: —Ahí viene la novia del Principito. Después la veían. Se reían. Y volteaban hacia él.

No bastaba con hacer la broma. Había que ver qué efecto había producido. Jimmy llegó a verlo cerca de llorar. Y dejó de encontrarle cualquier gracia.

Él conocía demasiado bien esa dinámica. Una persona hace algo. Los demás se ríen. Y quien está del otro lado tiene que fingir que no le afecta.

Así que Jimmy tomó una decisión sencilla. No iba a participar.

Eso significaba no mirar a la jovencita. No porque no le gustara. Le parecía extraordinariamente atractiva. Precisamente por eso evitaba sumarse.

Si ella pasaba, Jimmy no la seguía con la mirada. No buscaba contacto visual. No trataba de acercarse. No intentaba hacerse notar.

En alguna ocasión incluso acompañó al Principito y llegó a quedar aproximadamente a metro y medio de ella. Cualquier joven interesado habría tenido ahí una oportunidad perfecta para intentar algo. Jimmy no lo hizo. Estaba acompañando al Principito. No compitiendo con él.

Y ahí hay una diferencia importante entre lo que una persona hace y lo que los demás pueden creer que significa. Jimmy sabía por qué no la miraba. Ella no.

Desde afuera solamente podía verse una cosa: casi todos le prestaban atención. Jimmy no. Casi todos parecían reaccionar cuando aparecía. Jimmy no hacía lo mismo.

No había técnica. No había cálculo. No intentaba hacerse el difícil. No sabía que una conducta así pudiera provocar nada. Simplemente no quería hacer sentir peor al Principito.

Eso duró todo el primer semestre. Después el semestre terminó. El Principito reprobó. Y salió de la escuela. Cuando comenzó el segundo semestre ya no estaba ahí.

Entonces ocurrió algo que Jimmy no esperaba. Una amiga de aquella jovencita fue a buscarlo. Ella estaba interesada en él. Así de sencillo.

Jimmy ya tenía quince años. Su reacción fue algo parecido a: “Órale. A ver, vamos.”

Fue a hablar con ella. Platicaron alrededor de veinte minutos. Y la distancia que parecía existir cuando la veía de lejos desapareció bastante rápido.

Podían hablar. Podía hacerla reír. Podían entenderse. Jimmy fue directo. La invitó a salir. Ella aceptó. Y empezaron a salir.

También venía de una familia con muchísimo dinero. Prácticamente millonaria. Pero pronto eso dejó de ser lo importante.

Jimmy se enamoró. Ella fue su primer amor.

Mientras tanto, dentro de la escuela, algo más estaba ocurriendo. Jimmy seguía sintiéndose como el joven que llegaba en autobús y todavía estaba aprendiendo cómo funcionaba aquel mundo. Pero los demás no podían entrar en su cabeza. Veían otra cosa.

El nuevo estaba saliendo con probablemente la jovencita más bonita de la escuela. Y dentro de una escuela esas cosas cuentan. La gente observa quién recibe atención. Quién parece tener opciones. Quién es elegido. Quién termina con quién.

Jimmy no estaba intentando subir dentro de ninguna jerarquía. Pero la percepción de los demás no necesita permiso para formarse.

El linebacker

Y entonces apareció el primer conflicto serio.

Jimmy ya conocía el bullying. También tenía una regla que había construido años antes.

En secundaria había visto a un joven acosando a una mujer. Otro joven apareció. Vio lo que ocurría. Y decidió intervenir. A Jimmy aquello le pareció heroico.

Alguien podía seguir de largo. Decidió no hacerlo. Y Jimmy convirtió esa escena en una regla sencilla: si alguien está abusando de otra persona y tú puedes detenerlo, haces algo.

A los quince años todavía no existían demasiados matices alrededor de esa idea.

Entonces apareció el linebacker. Jimmy ya lo conocía. Habían jugado en el mismo equipo de fútbol americano. Jimmy era córner. El otro era linebacker. Y era el linebacker número uno del estado.

No eran amigos. Prácticamente no hablaban. Pero Jimmy sabía algo de él mucho mejor que cualquiera que sólo lo conociera de vista. Sabía lo fuerte que era.

En los entrenamientos los hacían chocar. Jimmy era delgado. Fibroso. Corrioso. Ligero. El linebacker era robusto. Pesado. Muy fuerte.

Jimmy había sentido el golpe. No necesitaba imaginarse qué podía hacer aquel joven físicamente. Lo sabía. Y le tenía miedo. De verdad.



Pero había algo extraño en él. Fuera del bullying era muy educado. Hablaba correctamente. Tenía buenos modales. Era disciplinado. Un deportista extraordinario.

Jimmy pensaba que tenía suficientes cualidades para llamar la atención de prácticamente cualquier jovencita sin necesidad de intimidar a nadie. Por eso aquella conducta parecía no encajar.

Muchos años después Jimmy pensaría que quizá parte de aquello tenía que ver con demostrar dureza o fuerza. Tal vez llamar la atención. Nunca se lo preguntó. No lo sabe.

Pero si ésa hubiera sido la razón, había algo paradójico. Estaba intentando demostrar una cualidad que ya tenía. No necesitaba parecer fuerte. Era fuerte.

Un día Jimmy lo vio molestando a otro joven. Y ahí chocaron dos cosas. El miedo. Y aquella vieja regla.

Jimmy intervino. Terminaron peleando.

No recuerda con precisión la secuencia de golpes. Lo que recuerda mucho mejor ocurrió unos tres días después.

Varios compañeros estaban reunidos afuera del salón. Jimmy estaba con ellos. El linebacker llegó tarde. Vio al grupo. Vio a Jimmy. Y se quedó apartado.

Jimmy entendió que el problema entre ellos seguía ahí. Para él ya había terminado. Así que le dijo:

—Vente. Acóplate.

Eso era todo. Ya estuvo. Ven.

El linebacker se acercó. Entró al grupo. Y la pelea dejó de importar. Sin discursos. Sin disculpas públicas. Sin convertirse en amigos.

Después Jimmy empezó a notar otra cosa. El joven dejó de hacer bullying. Se volvió mucho más tranquilo. Nunca volvieron a tener problemas.

Jimmy no sabe por qué cambió. Pudo haber tenido relación con la pelea. Con lo ocurrido después. Con otra cosa que Jimmy nunca conoció. Lo único que sabe es que antes lo hacía. Después dejó de hacerlo. Y ahí quedó.

El segundo joven

El segundo joven sería distinto. Jimmy no lo conocía de antes. Sólo sabía lo que veía dentro de la escuela.

Era problemático. Molestaba a muchas personas. Provocaba. Se burlaba. Intimidaba. Y tenía algo que Jimmy empezó a notar. Parecía necesitar público.

Molestaba a alguien. Se reía. Después volteaba alrededor. Buscaba caras. Reacciones. La persona molestada era una parte de la escena. La otra parte era comprobar que los demás la habían visto.



Jimmy encontró una solución práctica. Se sentaba cerca de él. Si estaba a su lado, normalmente no estaba enfrente. El joven molestaba a alguien más. Después volteaba hacia quienes tenía cerca buscando reacción. Jimmy quedaba del lado del público.

No eran amigos. Jimmy tampoco participaba. Simplemente había encontrado un lugar donde era menos probable convertirse en el blanco.

Y aquel joven no le daba el mismo miedo que el linebacker. Hasta que Jimmy empezó a ir mal en una materia. Necesitaba prestar más atención. Se cambió hacia adelante.

El otro joven quedó detrás. Y empezó a lanzarle bolitas de papel mojadas con saliva. Jimmy trató de ignorarlo. Siguió.



Al terminar la clase Jimmy se acercó. Le dijo que, si continuaba molestándolo, iban a terminar peleando. El joven lo agarró del cuello. Jimmy lo sujetó también. Los separaron.

Jimmy creyó que ahí acababa. No acabó.

A la salida el joven fue a buscarlo. Durante el conflicto empujó a la novia de Jimmy. Y pelearon.

Jimmy recuerda especialmente el primer golpe. Lo golpeó. El joven cayó. Jimmy pensó: “Ya se acabó.”

Pero se levantó. Quiso continuar. Entonces la pelea siguió. Y Jimmy terminó ganándole claramente.

Para él había sido un problema entre dos personas. Nada más. Hasta que empezaron a llegar otros estudiantes.

Uno. Después otro. Después varios. De distintos grupos. De diferentes salones. Jimmy calcula que pudieron haber sido alrededor de treinta.

Todos decían alguna versión de lo mismo. Qué bueno. Qué bueno que alguien finalmente le había respondido.

Jimmy descubrió entonces que aquel joven había molestado a muchísima gente. Había acumulado suficiente resentimiento para que una pelea que Jimmy consideraba personal produjera satisfacción en personas que apenas conocía.

La reputación funciona así. A veces alguien lleva mucho tiempo construyéndola sin darse cuenta. Y un solo acontecimiento hace visible todo lo que ya estaba ahí.

Al día siguiente Jimmy iba por unas escaleras. Siete u ocho amigos del joven lo rodearon. Nadie decía nada. Ahí sí sintió miedo.

Una persona era una cosa. Siete u ocho eran otra. Además, algunos estudiantes pertenecían a familias con muchísimo dinero. Había guardaespaldas. Seguridad privada. Recursos. Jimmy no sabía hasta dónde podía escalar una estupidez.

Uno de los jóvenes se acercó. Empezó a observarle la cara. De frente. De un lado. Del otro. Los ojos. Los pómulos. La nariz.

Jimmy esperaba el primer golpe. Entonces uno empezó a reírse. Luego otro. En pocos segundos estaban riéndose todos. Se dieron la vuelta. Y se fueron.

Jimmy no entendió. Hasta que vio después al otro joven. Tenía el rostro completamente hinchado. Los ojos apenas se distinguían.

Durante años Jimmy lo describiría con una comparación poco elegante, pero bastante gráfica: parecía una hamburguesa aplastada.

Sus amigos ya habían visto esa cara. Después fueron a ver la de Jimmy. Lo observaron. Vieron que prácticamente estaba entero. Y se rieron.

A esas alturas la pelea ya se había convertido en información dentro de la escuela.

La segunda jovencita

Y poco después ocurrió otra escena.

Había una segunda jovencita que Jimmy consideraba extraordinariamente atractiva. Si su novia era probablemente la más bonita de la escuela, ésta estaría muy cerca. Tal vez en segundo lugar. Una clasificación completamente subjetiva de un joven de quince años.

Ella también venía de una familia con muchísimo dinero. Prácticamente millonaria. Era una niña nice. Tenía una muy buena camioneta.

Jimmy llegaba en autobús.



Un día estaba sentada cerca del joven con el que Jimmy había peleado. Había un asiento vacío junto a ella. Jimmy recuerda que no permitió que otros lo ocuparan. Nunca supo por qué.

Jimmy llegó tarde. Prácticamente ése era el único lugar disponible. Así que se sentó junto a ella. Y cerca del otro joven.

Jimmy estaba fastidiado. No quería volver a empezar con el mismo problema. Ella lo notó.

—¿Qué pasa?

Jimmy trató de restarle importancia. Entonces preguntó:

—¿Tienes miedo?

Jimmy dijo que no. Y era verdad.

Entonces algo cambió. Ella redujo la distancia. Giró hacia él. La mirada se volvió más directa. El tono también cambió.

Y le dijo:

—Pero tú pones, ¿no?

Jimmy entendió el interés. Eso no fue lo que lo desconcertó. Fue una palabra. Pones.

Jimmy habría esperado: “Pero tú ganas.” O: “Pero tú puedes con él.”

“Pones” le sonaba al barrio. A cholos. Incluso a jóvenes metidos en ambientes delictivos. No era la palabra que esperaba escuchar de ella.

Y apareció una pregunta: “¿Así me ve?”

Tal vez era simplemente una expresión que ella también utilizaba. Jimmy nunca lo supo. Pero tuvo la impresión de que quizá había usado una forma de hablar que asociaba con él. Como si por un momento hubiera entrado en un código que pensaba que Jimmy reconocería.

Aquello también mostraba algo que Jimmy todavía estaba empezando a descubrir. Mientras él observaba a todos los demás e intentaba entender quiénes eran, los demás también estaban observándolo a él. Y no necesariamente veían lo mismo que Jimmy veía cuando pensaba en sí mismo.

Cuando el problema crece

Pero había un problema más inmediato. El conflicto con el segundo joven seguía creciendo.

La pelea no terminó con la pelea. También iba con maestros. Iba a dirección. Decía que Jimmy lo estaba amenazando. Esas amenazas nunca habían ocurrido. Inventaba cosas.

Así que un día podía provocarlo directamente. Y al siguiente Jimmy podía terminar explicando ante un maestro algo que nunca había sucedido.

El problema empezó a extenderse. El joven. Sus amigos. Los maestros. La dirección. Las acusaciones. Las familias con recursos. La posibilidad de que una pelea de adolescentes terminara convirtiéndose en algo bastante más serio.

Jimmy empezó a hacerse una pregunta: “¿Qué gano quedándome?”

Ya sabía que podía pelear con él. Eso había dejado de importar. Podía quedarse por orgullo. Esperar la siguiente provocación. Responder. Volver a dirección. Explicar otra vez. Y repetirlo hasta que algo realmente grave ocurriera.

Pero había una contradicción difícil de ignorar. Jimmy había escogido aquella preparatoria precisamente porque estaba cansado de vivir entre pleitos y problemas.

Había buscado deliberadamente un lugar donde no conociera a nadie. Había querido salir de ese ambiente. Y poco a poco estaba construyéndose alrededor de él exactamente lo que había intentado dejar atrás.

Así que decidió irse. No porque le tuviera miedo al joven en una pelea. Se fue porque seguir ahí ya no tenía sentido.

Lo que no se ve

Después conocería una parte de aquella historia que dentro de la escuela no podía ver.

Al volver a convivir con algunos amigos de antes, Jimmy contó lo ocurrido. Uno de ellos reconoció inmediatamente al joven. Habían sido vecinos. También

habían tenido problemas. También habían terminado peleando. Y su amigo también le había ganado.

Pero además conocía a la familia. Fue entonces cuando Jimmy supo que, a pesar del dinero, aquel joven tenía una vida familiar muy complicada.



Eso corrigió una de las primeras conclusiones que Jimmy había construido al llegar a Beverly Hills. Había visto dinero. Y había completado lo demás. Más dinero. Mejor vida.

Pero una cosa no garantizaba la otra. Eso tampoco explicaba automáticamente el bullying. Jimmy no sabía si existía relación. Sólo había descubierto una parte de la historia que antes no podía ver.

Pasaron aproximadamente veinte años. Y aquel hombre volvió a aparecer. Todavía quería pelear.

A Jimmy le sorprendió que algo ocurriera cuando tenían quince años siguiera vivo para él dos décadas después. Finalmente hablaron. Y la conversación terminó siendo más interesante que otra pelea.

El hombre contó cómo recordaba todo. En su versión aparecía prácticamente como la víctima. Jimmy como el agresor.

Las bolitas de papel casi habían desaparecido. El agarre del cuello. Que hubiera ido a buscarlo. El empujón a su novia. Las acusaciones ante maestros y dirección por amenazas que nunca habían ocurrido.

Jimmy primero pensó: “Está mintiendo.” Después apareció otra posibilidad: “¿Y si realmente lo recuerda así?”

Porque Jimmy tampoco conservaba una grabación de aquellos días. Recordaba algunas cosas con muchísima fuerza. Otras no.

Y esa conversación dejaba una diferencia difícil de ignorar.

Una cosa es lo que ocurrió. Otra es lo que recuerdas. Y otra es lo que crees que significa.

El joven tenía problemas familiares. Eso Jimmy lo supo después. Decidir que por eso hacía bullying sería otra cosa.

La segunda jovencita mostró interés. Jimmy lo percibió en su cercanía, su mirada, su tono y sus palabras. Saber exactamente por qué estaba interesada sería otra cosa.

Ella dijo: “Pero tú pones, ¿no?” Jimmy recuerda perfectamente la frase. Pensar que utilizó esa palabra porque veía en él al tipo de barrio es una posibilidad. Nada más.

Y esa diferencia aparecía una y otra vez.

El Principito estaba enamorado. Los demás convertían ese enamoramiento en una broma. Jimmy dejó de mirar a la jovencita por empatía. Ella sólo podía ver a un joven que no reaccionaba como los demás.

El linebacker era realmente fuerte. Aun así hacía cosas que podían parecer intentos por demostrar fuerza.

El segundo joven podía molestar a muchas personas y veinte años después recordar una historia en la que él era la víctima.

Jimmy había llegado a Beverly Hills viendo automóviles, viajes, dinero y seguridad. Con unas cuantas señales había construido vidas completas.

Los demás hacían exactamente lo mismo. Veían unas cuantas cosas de Jimmy. Y completaban lo que faltaba.

Eso hacemos constantemente. Vemos una conducta. Escuchamos una frase. Observamos quién mira a quién. Quién se ríe. Quién se queda callado. Quién se acerca. Quién se aleja. Quién parece fuerte. Quién parece tener miedo.

Y con pedazos de información construimos explicaciones completas sobre personas que quizá apenas conocemos.

A veces acertamos. A veces no.

Jimmy había aprendido a observar esas señales desde niño porque necesitaba anticipar lo que podía ocurrir. Con los años la pregunta empezó a interesarle por algo más que protección.

¿Por qué una persona hace lo que hace? ¿Por qué alguien que ya es fuerte necesita demostrarlo? ¿Por qué alguien necesita público para humillar a otro? ¿Por qué una persona puede sentirse atraída precisamente por quien no estaba intentando atraerla? ¿Por qué dos personas pueden vivir la misma historia y terminar recordando dos versiones distintas?

Jimmy entró a aquella preparatoria con catorce años buscando alejarse de un ambiente. Salió con quince.

Entre una cosa y otra encontró personas que parecían muy diferentes entre sí. Un joven enamorado. Un atleta extraordinario. Un joven problemático. Dos jovencitas de familias prácticamente millonarias. Personas que intimidaban. Personas que tenían miedo. Personas que observaban. Personas que interpretaban. Personas que se enamoraban.

Y detrás de todas esas diferencias seguía apareciendo lo mismo.

NATURALEZA HUMANA

La necesidad de entender, aunque nunca tengamos toda la información: por qué hacemos lo que hacemos.